

"Una máquina para leer el siglo XIX", Revista de la Universidad de México, No 530, Marzo 1995.

Las series y redes de categorías que voy a usar para construir la máquina de leer el siglo XIX derivan de los tiempos históricos de la Argentina y de su literatura. Pero he tratado de enunciarlas de tal modo que puedan ser útiles para pensar otras literaturas de América Latina.

Se trata de una máquina inspirada en algunos artefactos surrealistas, y por lo tanto puede ser imaginada como un cuerpo asimétrico (que es *el corpus del siglo XIX*). Tiene tres niveles diferentes. El conjunto funciona con un mecanismo básico: dos esferas, con sus momentos de fusión y de separación.

Los tres niveles

1) Primero voy a describir el nivel "siglo XIX", que es la base de la máquina o las extremidades del cuerpo (piernas o brazos). El "siglo XIX" de la máquina es un vasto campo, un espacio-tiempo de acontecimientos y discursos, con dos cortes políticos y jurídicos fundamentales, en los que se apoya.

El primer corte corresponde al inicio de la independencia respecto a España en 1810 y la constitución del espacio de la nación, y el segundo a la unificación jurídica y política con el establecimiento del estado liberal, en 1880. Los cortes delimitan diversas fases en la máquina. Las fases centrales son:

Primero, la de las guerras civiles o de la lucha por la hegemonía (entre unitarios y federales, porteños y provincianos), que es a la vez el enfrentamiento entre diversos proyectos de nación y diversas culturas. Y segundo, la fase de unificación política y jurídica de la nación, que pone fin a las guerras civiles en 1880. Se suelda la hegemonía y la dominación con el establecimiento del Estado liberal y la entrada en el mercado mundial. Propongo denominar "fin de siglo" a esta nueva era, que se extiende hasta la primera fase del siglo XX, la de la lucha entre los diversos modelos de Estado en Argentina.

Las categorías históricas y políticas, pero también críticas, de independencia, de espacios de guerra por la hegemonía y de Estado, son las centrales en el nivel "siglo XIX" de la máquina. Cada una tiene un movimiento propio y distinto. Veamos cómo se mueve o funciona la *categoría de Estado* en la máquina, más allá de su sentido político: marca cambios en la configuración

dominante o hegemónica en un espacio-tiempo de la máquina, porque es lo que une y da lugar a los elementos dispersos. Y también lo que independiza y autonomiza elementos unidos.

2) El segundo nivel es el centro mismo de la máquina de leer, su parte más intrincada, y *define a “la literatura”* (Así como el primero definió, de un modo mecánico y por los cortes, al “siglo XIX”.) La parte “literatura” de la máquina del siglo XIX es una vasta red que conecta culturas, representaciones verbales y posiciones de sujetos, en forma de secuencias.

La *categoría de culturas* es la de los particularismos y especificidades que trascienden las fronteras nacionales (y muchas veces las borran en América Latina). Es decir, rige en la máquina los movimientos de fragmentación y disgregación. Puede funcionar a veces como opuesta a la categoría de estado, o como su negación, y a veces se le une. En el siglo XIX hay una división más o menos nítida entre culturas orales regionales y campesinas (indias, negras, gauchas, inmigrantes) y culturas urbanas escritas y, en estas últimas, entre las más letradas o “altas” (más fundadas en la traducción) y las más populares (más fundadas en la oralidad). Existe también una división nítida entre la cultura española (del poder imperial), que es la de la oralidad, y el resto de las culturas europeas.

Las representaciones verbales de esas culturas delimitan posiciones-sujetos en forma de *secuencias*. Este es el tejido mismo de la máquina en su segundo nivel (que podría imaginarse también como un aparato sonoro).

Dicho de otro modo: la “literatura” de la máquina consiste en secuencias de palabras, discursos o voces de diferentes culturas, que definen o delimitan posiciones o sujetos. Pero hay algo más. Este nivel, o tronco de la máquina-cuerpo, proyecta sobre sí mismo (y aquí funciona como aparato óptico) las categorías básicas del primero (el “siglo XIX” con los cortes y las dos fases). Por lo tanto, los sujetos y sus voces serán los de cada fase: los de la lucha por la hegemonía y los del Estado.

Para ejemplificar el funcionamiento de la máquina de leer “la literatura del XIX” voy a recorrer una de estas secuencias del segundo nivel en el momento en que proyecta una de las fases del primero, la fase de la guerra. *La fase de la guerra politiza todas las voces*. La secuencia conecta, por lo tanto, las representaciones verbales y las posiciones-sujetos de los que se disputan la hegemonía y sus otros. Es decir, las representaciones verbales de (y me voy a situar en la lucha para nombrarlos según sus otros):

a) *Los que mandan y saben*: militares, políticos, comerciantes, estancieros, curas, doctores. Esas voces se relacionan entre sí como aliados o enemigos (en la máquina, se conectan o desconectan en la secuencia). Y se conectan y desconectan con *Las voces o representaciones verbales de sus otros*,

b) *subalternos*, que son los que están fuera de toda posible hegemonía: indios, negros, gauchos, mujeres, inmigrantes. La secuencia conecta o desconecta sus representaciones verbales o voces *entre sí, entre los subalternos*, y también los conecta o desconecta de las voces de los que se disputan la hegemonía. Las voces de los otros están también politizadas porque se dividen entre aliados y enemigos entre sí.

La máquina articula la secuencia y las conexiones de diversas voces letradas y de diferentes voces de los otros, y produce todo un encaje verbal con diferentes tipos de conjunciones, filiaciones, integraciones y exclusiones. Conecta y desconecta los particularismos, especificidades o “irracionalidades” culturales de las voces de los otros y de los enemigos políticos (las voces de la pasión, del enigma, del desorden y de la violencia) con alguna norma general y abstracta, “racional” y “universal” (libertad, progreso, justicia, unidad, civilización, Dios, patria) que funciona como elemento de cohesión, como “Estado” o ley. La secuencia combina todo tipo de “oralidades”, hibridaciones, traducciones y exotismos escritos, es decir, todo tipo de “culturas”, y distribuye estas redes de voces en *el espacio de la nación con sus territorios y fronteras* (categoría del primer nivel): en la tierra de indios, en el desierto, en el campo, en el interior, en la ciudad, y también en el exilio.

En síntesis, los textos literarios de la primera fase se leen en la máquina como redes y mapas imaginarios (como secuencias) que luchan entre sí y constituyen, cada vez, un “Estado”, porque entre los otros y los que mandan y saben, entre sus representaciones (sus culturas-vozes politizadas), distribuyen espacios, sitúan a cada uno en su relación con otro, tejen alianzas, poderes y subordinaciones, integran a algunos y excluyen a otros. Este es el movimiento de la secuencia en la máquina, que define, en su actividad sonora, géneros, narraciones y textualidades diversas, más populares u orales, y más letradas, en el interior de una tradición cultural o línea común, la de la independencia y el espacio de la nación (primer corte de la máquina). Las voces son culturas y también pueden ser leídas como cuerpos, y cuentan historias de guerra, desgarramiento y exilio; sus conexiones y desconexiones en la máquina trazan mapas que representan el estado utópico o deseado en el espacio de la nación. Conflicto político y cultural se identifican en las voces: las diferencias culturales son diferencias políticas. Y la literatura casi coincide con la política, porque participa en la guerra de representaciones y mapas de la hegemonía que trazan los sujetos de las voces representadas.

Comparemos esta secuencia de la primera fase con una de la segunda, la fase del Estado liberal o fase fin de siglo. Esta secuencia articula (o conecta y desconecta, en la máquina) las voces y culturas de: *Los sujetos del Estado liberal* (los sujetos de las leyes liberales), que son las

representaciones verbales de: funcionarios (en el interior y exterior de la nación), cronistas sociales, *dandys* y hombres de ciencia. Las representaciones verbales de estas posiciones en la máquina ya no se enfrentan, contradicen o desconectan, como en la secuencia de la primera fase, sino que se unen todas en alianza y forman un coro: una coalición cultural o voz unificada por el Estado liberal. La secuencia registra el uso directo, en sus “originales”, de todas las lenguas de la cultura y la literatura europea no mediadas por la traducción, que forman las representaciones verbales o voces de los sujetos del Estado liberal.

Esas voces en alianza se autorrefieren y se refieren unas a las otras, en la secuencia de la máquina (es decir, se conectan entre sí). Y también se conectan o desconectan de las voces de *los otros*, que son los que están o entran en *sus propios espacios privados* (las casas, colegios, universidades, clubes, teatros, estancias). Esas voces otras son las representaciones verbales de las mujeres, los “hombres de confianza”, los sirvientes, los negros, los extranjeros, los locos, simuladores y anormales. Las voces otras pueden trazar alianzas o conexiones *entre sí*, en el espacio privado, y entonces se hacen amenazantes. Y también pueden conectarse con las voces de los sujetos liberales o estatales. El conjunto de voces en secuencia crea subordinaciones, alianzas, enfrentamientos y dominaciones, igual que en la primera fase, pero sus diferencias ya no son políticas sino culturales, sexuales, raciales, de género y sociales. Las voces se han des-politizado con respecto a la primera fase. Se ha creado una frontera con el espacio privado, con el cambio crucial de espacios que produce la unificación política y jurídica del Estado.

La secuencia de voces de los sujetos del Estado liberal y sus otros dibuja un mapa fantasmagórico de la vida privada: un mapa social, cultural, nacional, racial y sexual de la sociedad despolitizada. Ese fantasma de mapa privado representa, en realidad, al nuevo Estado liberal y su nueva política, es decir, la política de la dominación de la fase “fin de siglo”.

Para sintetizar. La primera fase de la máquina, la de las guerras civiles, deja leer una literatura que gira alrededor de un espacio nacional ficticio, ordenado, como utopía de la unificación. Y la segunda fase, la del Estado constituido, construye o deja leer una literatura que gira fantasmagóricamente alrededor del espacio privado.

3) Dejemos este nivel, demasiado sonoro, y pasemos al tercero, la cabeza, que domina el movimiento mismo de la máquina. Consiste en dos esferas, llamadas *la literatura y la política*, que se relacionan entre sí. Esta relación tiene variaciones constantes, que acercan, tocan, unen, superponen, rinden, o bien distancian, separan y hacen autónomas o independizan completamente las esferas. El tercer nivel proyecta sobre sí mismo los otros dos y a su vez se proyecta sobre ellos;

por lo tanto, la máquina es recorrida en su totalidad por esos movimientos de cercanía, fusión y separación.

En cada una de las dos fases del nivel “siglo XIX” de la máquina pueden verse movimientos diferentes: las dos esferas se tocan, superponen y hasta se funden en la primera, porque la literatura está *casi fundida en la de la política* las voces o representaciones verbales están todas politizadas. Pero las esferas pueden separarse y registrar, en la misma fase, los momentos especiales en que las voces se despolitizan para constituir momentos “autónomos” o “literarios independientes” en la literatura anterior al Estado.

En la segunda fase el Estado hace autónomo lo político y lo constituye como esfera separada del espacio cultural y literario. La autonomización estatal, el segundo corte de la base, representa una independencia de la esfera de lo político (en esta fase “fin de siglo” se constituyen los primeros partidos políticos en sentido moderno en Argentina), y por lo tanto, de lo literario, porque la esfera de la literatura, en la segunda fase, puede separarse y distanciarse de la de la política, puede despolitizar las voces, para constituir una literatura “autónoma”. Pero las esferas pueden unirse y tocarse en algún momento en que las voces se politizan: esos movimientos son importantes en la máquina porque la conectan con otra, la máquina de leer el siglo XX y sus sujetos antiestatales. Pero volvamos al Estado dominante de la máquina en su segunda fase: la separación de esferas. El movimiento para lograr la *autonomía de la esfera de la literatura produce* un cambio total en el segundo nivel de la máquina, y sus relaciones con el primero, porque “inventa”, funda o genera otras secuencias. En primer lugar, funda la lengua, o la representación literaria de la cultura alta, “aristocrática”, la cultura de la dominación en Argentina: las voces del Colón, de la Recoleta, del Jockey Club, con sus citas literarias en las lenguas europeas originales; al mismo tiempo funda la traducción como género literario. Esa actividad de fundación sólo puede ser realizada por una literatura a la vez estatal y autónoma respecto de lo político: por las voces de los sujetos liberales.

La separación de esferas de la máquina o independencia de la literatura y la política funda otra secuencia, porque unifica las redes de voces desgarradas y polémicas, políticas y culturales de la primera fase, en la nueva secuencia de la “literatura nacional”. Dicho de otro modo: la independencia de las esferas de la cabeza de la máquina en la fase estatal, permite la nacionalización de las voces otras y culturas en guerra de la fase anterior. El tercer nivel reproduce o proyecta sobre sí los otros niveles y los mueve.

En conclusión, los movimientos de las esferas “política” y “literatura” de la máquina producen, en el interior de la esfera de “literatura”, dos secuencias nuevas de voces: la de la literatura y cultura “aristocrática”, y también la voz de la literatura y la cultura “nacional”.

La literatura y la política son, por lo tanto, las esferas cruciales que ponen en movimiento la máquina para leer el siglo XIX.